
Cambio global. Impacto de la actividad humana sobre el sistema tierra de Carlos M. Duarte 205
Francisco Borja Barrera

Raíces económicas del deterioro ecológico y social. Más allá de los dogmas de José Manuel Naredo 207
Óscar Carpintero

Utopías e ilusiones naturales de Francisco Fernández Buey 210
Salvador López Arnal

Economía Política Mundial. I. Las Fuerzas Estructurantes de Ángel Martínez González-Tablas 212
Óscar Carpintero

CAMBIO GLOBAL

Impacto de la actividad humana sobre el sistema tierra

Carlos M. Duarte (Coord.)

CSIC, Madrid, 2006

166 páginas

El cambio climático se ha convertido en muy poco tiempo en una de las grandes preocupaciones de la sociedad actual; no así el cambio global, paradójicamente. Aunque, en verdad, las fronteras entre ambas nociones no están nada claras y son múltiples las conexiones y dependencias existentes entre ellas, quizás hayan sido el preeminente papel que juega el clima en la dinámica natural del Planeta y las actividades económicas de la sociedad las razones por las que, de un modo excesivamente simplista a nuestro entender, el proceso histórico de transformación del medio natural debido a la mano del hombre ha cristalizado en torno al fenómeno del cambio climático. Sea como fuere, las últimas décadas han hecho del calentamiento global y sus incontables derivaciones una materia de interés capital para entendidos, gestores y estrategas a nivel mundial; hasta el punto de llegar a constituirse, una vez adquiridas las adecuadas dimensiones políticas, científicas y mediáticas, en un miembro de pleno derecho del club de las grandes preocupaciones ecológicas y socioeconómicas de la humanidad. No extraña, así pues, que tras elaborar su famoso informe *The economics of Climatic Change* (2006), Nicholas Stern, reconociera ante el ex primer ministro británico Anthony Blair, que el cambio climático constituía el mayor fallo del mercado de la historia de la humanidad.

La obra coordinada por el profesor de investigación del CSIC Carlos Duarte sigue esta misma pauta, como demuestra el hecho de que, a pesar del título con la que se nos presenta, su objetivo se centre en “comunicar en un lenguaje claro y accesible, sin abandonar el rigor científico, qué son el cambio global y al cambio climá-

tico, qué relación existe entre sí, cuáles son las causas y consecuencias, cómo van a afectar a la sociedad, particularmente a la española, y qué podemos hacer para paliar estos impactos”.

Pero lo primero que quizás haya que tener en cuenta a la hora de valorar la incidencia del cambio del clima sobre un determinado territorio es justamente esto último: que el hecho climático no ocurre en el vacío, sino que opera sobre un ámbito concreto de la superficie terrestre dotado de una estructura y un funcionamiento particulares y, por tanto, potencialmente sometido a otros muchos impactos de origen antrópico. Desde este punto de vista, una de las mayores dificultades de la correcta evaluación de las afecciones del cambio climático sobre los sistemas naturales reside, precisamente, en interpretar qué parte de las disfunciones que hoy pueden detectarse en la estructura y las funciones de los ecosistemas corresponde, efectivamente, al impacto del cambio climático, y qué otra tiene que ver más bien con cualquiera de las complejas respuestas del medio a la presión ejercida históricamente por la actividad humana. Ante ello se hace absolutamente perentorio precisar adecuadamente cómo encaja el cambio climático en el seno de las múltiples circunstancias históricas que han dotado a los sistemas naturales de unas características diferentes de las que les correspondería de no haberse visto afectados, en distinta medida, por la acción antrópica. Dicho con otras palabras: determinar el alcance de los efectos del cambio climático sobre los sistemas naturales y la sociedad requiere, con carácter previo, aclarar la posición y el alcance de este fenómeno en el organigrama general de la antropización, o sea, en el seno del proceso co-evolutivo bajo el que ha ido tomando forma la relación hombre-medio a lo largo del tiempo.

El grado de antropización del medio natural podría medirse, así pues, atendiendo al tipo y a la intensidad de las transformaciones que el ser humano ha ido provocando a lo largo del tiempo sobre los distintos subsistemas terrestres. Las variaciones en la composición de la capa gaseosa

sa del planeta (atmósfera), el cambio de los usos del suelo (edafosfera), los desajustes en el ciclo del agua (hidrosfera) o la eliminación o el deterioro de la cubierta vegetal (biosfera), estarían entre las más genuinas de estas afecciones, las cuales se muestran en todo momento, como cualquier otro proceso histórico, condicionadas por la evolución de factores demográficos, económicos, tecnológicos y políticos. El funcionamiento del sistema natural terrestre bajo este conjunto de impactos o modificaciones, una vez que adquieren dimensiones globales, conduce a la aparición explícita de una serie de problemáticas ambientales íntimamente interrelacionadas entre sí, cuya expresión combinada a escala planetaria es lo que hoy en día conocemos como cambio global.

El cambio global, por tanto, no se concreta como tal hasta que las afecciones humanas sobre los componentes del medio no alcanzan una dimensión global, hasta que no provocan unos efectos reconocibles a escala planetaria; y no concierne tanto al conjunto de disfunciones del sistema natural terrestre derivadas de la acción del ser humano sobre la superficie del planeta –lo que correspondería, como se ha indicado, al proceso de antropización–, cuanto a los cambios estrictamente ambientales que determinan el funcionamiento actual del sistema Tierra, como indica el profesor C. Duarte en la obra de referencia. Siendo así, el cambio global ha de equipararse con la resultante actual del proceso histórico de antropización (relación hombre-medio), el cual viene evidenciándose desde la aparición y difusión durante el neolítico del modo de producción agrícola-ganadero y, muy especialmente, a partir de la revolución industrial. Desde este punto de vista, las principales formas en las que el cambio global se hace presente en tanto que incidencias ambientales a escala planetaria, serían: la desertificación y la morfogénesis acelerada, la pérdida de biodiversidad y el cambio climático inducido, problemáticas todas ellas con convenios internacionales actualmente en vigor.

Al inicio de su intervención en el I Congreso Nacional sobre Cambio Global, celebrado en Madrid el 25 y 27 de abril de 2007, uno de los ponentes, en alusión al Cambio Climático, recordaba a Einstein cuando afirmaba que “no se puede resolver un problema con el mismo modo de pensar que lo ha creado”. Si consideramos el perspicaz enfoque del premio Nobel alemán, la cuestión se centraría ahora en saber si la sociedad actual ha cambiado lo suficiente (o está en disposición de hacerlo) en su conocimiento y en su forma de pensar y actuar como para poder abordar la resolución del que, en palabras de mandatarios y expertos internacionales, es el principal problema ambiental que el ser humano se ha creado a sí mismo (cambio climático inducido). De ahí la importancia de libros como el que nos presenta el CSIC en el número 1 de su colección Divulgación, el cual contribuye de manera decisiva a afrontar dicho desafío. Desde nuestro punto de vista, y en lo que al panorama nacional se refiere, dicha importancia radica en que la publicación representa el primer intento sistemático, por una parte, de identificar el cambio climático inducido como una secuela del cambio global, lo cual supone un importante avance conceptual en el camino de la comprensión de las relaciones de la actividad humana y el sistema terrestre; y, por otra, de abarcar, desde diferentes ámbitos del saber, el conjunto de las consecuencias de la transformación de la superficie terrestre debida a la acción antrópica.

Bajo la coordinación de Carlos Duarte (CSIC), ocho especialistas de primera fila en distintas disciplinas de las ciencias naturales y sociales de nuestro país, muchos de ellos miembros del Comité Español del IGBP (International Geosphere-Biosphere Programme), nos entregan una monografía en cuyas primeras páginas se da cuenta de los entresijos de la compleja “maquinaria de la biosfera”, así como de las concepciones más actuales acerca del cambio climático y el cambio global y sus posibles escenarios. La obra avanza con un análisis de la dimensión social del impacto del cambio

global, para concluir con una reflexión acerca del papel que deben jugar medios, instituciones, sectores sociales y económicos, etc. ante dicho cambio global, al objeto de abundar en la mitigación y capacidad de adaptación al mismo. El volumen se completa con una escogida y bien orientada relación de enlaces electrónicos que permiten al lector adentrarse en la compleja trama web del cambio global y el cambio climático.

Como reconocen los autores del trabajo en su capítulo final (“Perspectiva”), la principal respuesta al cambio global reside en la actitud del ser humano, en su disposición al cambio de hábitos en relación al actual modelo energético y en su renovada consideración de lo que debe entenderse por un mundo sostenible. Obras como la que aquí comentamos ayudan a que ésta sea una sociedad más instruida en los problemas ambientales globales, más capaz, por tanto, de pensar de manera diferente y de tomar decisiones en la dirección más adecuada. Lo cual, como bien supo ver el sabio de Ulm (Alemania), supone algo indispensable, si no para revertir el cambio global, al menos sí para reducir nuestra propia vulnerabilidad como colectivo social ante semejante envite.

Francisco Borja Barrera
Profesor de Geografía Física
de la Universidad de Huelva

RAÍCES ECONÓMICAS DEL DETERIORO ECOLÓGICO Y SOCIAL Más allá de los dogmas

José Manuel Naredo

Madrid, Siglo XXI, 2006

288 páginas

Cuando uno reflexiona con cierta perspectiva sobre el deterioro ambiental en el que nos encontramos puede llegar con facilidad a la siguiente conclusión: con independencia del indicador elegido, la situación a escala planetaria es bastante peor ahora que hace cuatro décadas. Pero a la vez que ocurre esto, se ha incrementado notablemente nuestro conocimiento sobre el funcionamiento económico-social y sobre las causas de los impactos ecológicos. Si unimos ambas cosas parece que estuviéramos condenados a vivir en permanente paradoja. Una paradoja que cabría resumir del siguiente modo: cada vez sabemos más sobre los costes ambientales y sociales de la “maquinaria económica” pero hacemos poco por reconducir las cosas hacia derroteros más sostenibles. O lo que es lo mismo: cuanto más sabemos menos hacemos.

También es cierto que la mejora en la cantidad de información no es ajena a otra tendencia más soterrada que —a medida que las cosas empeoran— se va asentando progresivamente. Esta tendencia tiene que ver con la ocultación a la sociedad de información ecológicamente relevante por caminos más o menos sutiles. De un lado, inflando la información confusa y banal, a la vez que no se profundiza en los datos fundamentales, ni se cubren las lagunas de información básica; y , por otro, invirtiendo literalmente en “imagen verde”, esto es, diciendo que se hace lo que verdaderamente no se hace o, lo que es peor, haciendo precisamente lo contrario de lo que se predica.

En este contexto problemático y paradójico, el libro de J.M. Naredo constituye una singular y sugerente aportación que ayuda a clarificar el panorama, a desbrozar el camino. Y lo hace por

varios motivos. En primer lugar se trata, ya desde el mismo título, de un libro radical, es decir, que va a la raíz, al fondo de los problemas, tal y como recomendaban acertadamente los clásicos. Por otra parte, constituye un potente instrumento y una valiosa ayuda para interpretar lo que está ocurriendo desde el punto de vista económico y ecológico, a la vez que destaca las limitaciones para esta tarea, tanto del enfoque económico convencional como de la propia ideología dominante. Todo ello apuntando, de paso, elementos y enfoques que pueden reconducir en la práctica la actual situación. Para dicha tarea, Naredo retoma y amplía las reflexiones centrales de su ya clásico libro *La economía en evolución* —del que precisamente este año se cumple el vigésimo aniversario de su publicación—, lo que demuestra que el paso del tiempo corrobora su argumentación, y que los planteamientos solventes no se improvisan.

Al volver sobre el enfoque eointegrador y transdisciplinar —en contraposición al reduccionismo propio del análisis económico estándar— el libro amplía el horizonte de la información y el análisis retomando lo que la ciencia económica convencional, en su evolución, ha dejado en el camino, en la cuneta. Así se llama la atención sobre dimensiones de la realidad ocultas, omitidas y previamente expulsadas de las preocupaciones de la ciencia económica convencional, por ejemplo, las vertientes física, territorial, social o político-institucional del proceso económico. En los dos primeros casos, se demuestra la fertilidad del metabolismo económico como herramienta para entender las relaciones economía-naturaleza a escala mundial o nacional. No en balde, con ayuda de esta herramienta es posible entender, por ejemplo, el comercio internacional y el sistema financiero, no como juegos donde todos los participantes siempre ganan, sino como poderosas palancas para consolidar el actual estado de deterioro y degradación ecológica.

Respecto a la vertiente social y político-institucional, el autor nos recuerda la importancia de la economía institucional con su reflexión sobre la definición de las reglas de juego y el poder, lo que

permite mostrar que los resultados del deterioro ecológico y social obtenidos no caen del cielo sino que son fruto de unas relaciones de poder que se plasman en el correspondiente marco institucional o normativa.

El libro destaca, por tanto, la pertinencia de las enseñanzas de la economía ecológica —en sus vertientes de ecología urbana e industrial—, que junto a la economía institucional, aparecen como puntos de encuentro transdisciplinar donde conviven, de manera fructífera para el análisis y la gestión, tanto economistas como físicos, ecólogos o ingenieros sensibles a la problemática ambiental. Conviene aclarar que, en este difícil asunto de la transdisciplinariedad, J. M. Naredo no habla a humo de pajas ni ofrece bienintencionadas declaraciones vacías de contenido. No solo predica, sino que también da trigo, es decir, ejemplifica con la práctica que esto es posible. Tanto en este libro, como en casi toda su obra anterior, hay un objetivo claro por tender puentes entre economía y ciencias naturales, y los resultados de esa labor han sido en muchos casos novedosos no sólo en nuestro ámbito geográfico, sino también más allá de nuestras fronteras.

A pesar de esa necesidad de tender puentes, la mayoría de los saberes parcelarios suelen ser refractarios a este tipo de planteamientos transdisciplinares. Y, por desgracia, la economía estándar no ha sido una excepción. El problema surge porque, ante una realidad ambiental y social preocupante, el enfoque económico convencional se afana por seguir aplicando el reduccionismo monetario extendiendo la vara de medir del dinero y creando mercados ficticios para realidades ambientales y sociales que difícilmente soportan ese tratamiento. La economía “ambiental” convencional es un buen ejemplo de ello y J. M. Naredo lo resalta con gran tino y, también, con elegantes cargas de profundidad.

Sin embargo, como se demuestra en el libro, la sociedad se encuentra apresada por una serie de dogmas que le impiden tomar conciencia de los problemas e impulsar el cambio. En muchos casos, estos dogmas proceden de la propia eco-

nomía y tienen mucho que ver con la escasa apatencia por revisar las principales categorías conceptuales con que funciona esta disciplina. Y aquí, Naredo ha sido pionero también desde el principio. Y se comprende: parece que sólo alguien ajeno a las intrigas académicas y a la pobre autocritica universitaria estaba en condiciones de pensar con libertad sobre la solidez de las categorías con las que razonan habitualmente los economistas, ya fueran estas las de “producción”, “trabajo” o la propia noción, casi indiscutible, de “desarrollo económico”.

En el primer caso, el libro explica muy bien cómo la “producción” económica ha dejado atrás su trasfondo material y ha pasado a convertirse en la rutinaria tarea de “revender con beneficio”, cuando no en la simple adquisición y extracción de riquezas preexistentes para su posterior degradación y deterioro. Como ya demostró en su día con *La economía en evolución*, Naredo subraya cómo en su nacimiento la ciencia económica no sólo se emancipó de las reglas morales, sino también del cimiento ambiental sobre el que se sostenía la actividad que le era propia. Y rotas así las ligaduras que sujetaban la “producción” de riquezas a ese “cuerpo extraño” de las condiciones naturales y sociales, el camino hacia la degradación ambiental, la insostenibilidad y el deterioro social estaba servido.

Respecto a la categoría “trabajo”, el libro pone de relieve la transmutación que se produjo desde una concepción del trabajo como simple medio para lograr los fines de una vida buena, al trabajo como meta social e individual del capitalismo. Esta circunstancia permite comprender cómo, a pesar de un desarrollo tecnológico notable y de una capacidad de producción de bienes y servicios nunca antes conocida, las jornadas de trabajo, lejos de reducirse, se hayan ampliado, sean más largas y, en general, penosas, disminuyendo paulatinamente el número de fiestas disfrutadas respecto a décadas y siglos pasados. Y todo ello en un escenario muy contradictorio en el que se piden incesantemente puestos de trabajo mercantil a un sistema que, por claro interés, los escatima. El revelador artículo sobre “La

necrología de las fiestas” que Naredo escribió a mediados de los setenta se actualiza aquí con nuevas reflexiones que vuelven a corroborar aquellas antiguas sugerencias.

La última revisión conceptual del texto se centra en la categoría de “desarrollo”. Es este un caso en el que, al ampliar la lupa hacia los aspectos físicos y territoriales, se propone una nueva caracterización de los países “desarrollados”, a saber: aquellos que son a la vez deficitarios en términos físicos, con una relación de intercambio comercial monetaria favorable, y atractores netos de población y capitales, lo que demuestra los límites de ese planteamiento y que su situación no es generalizable. Como todos los países no pueden ser, simultáneamente, atractores netos de población, recursos y capitales, su condición será posible únicamente mientras no la disfrute el conjunto. Cosa que, por cierto, se puede ver muy bien si reflexionamos sobre el trasfondo ecológico de estrategias de “desarrollo” como la española, pero también como las del sudeste asiático o Chile, sugeridas como modelos al resto de países pobres y difícilmente generalizables.

En definitiva, el conjunto de sus páginas hacen de este libro un texto imprescindible para disentir, de manera informada y rigurosa, de las enseñanzas de la economía estándar. Pero también para relativizar categorías que se han transformado en “mitos” y “metáforas” que muchas veces se convierten en árboles que nos impiden ver tanto el bosque como los senderos alternativos por los que deberíamos transitar. Se comprende que, por esta última razón, el libro de J. M. Naredo constituya además una herramienta muy necesaria, no sólo para obtener una brújula que nos oriente correctamente, sino también para aprender esa buena economía que, al decir de Joan Robinson, resultaba imprescindible para no volver a ser engañados por los economistas convencionales.

Óscar Carpintero
Profesor de Economía Aplicada
Universidad de Valladolid

UTOPIÁS E ILUSIONES NATURALES

Francisco Fernández Buey

El Viejo Topo

Barcelona, 2007

335 páginas

Cualquier reseña de un clásico de la filosofía política y de la historia de las ideas corre el riesgo de ser injusta, de ser incapaz de apuntar los numerosos senderos que abre. Este es, sin duda, el caso de este breve comentario porque, sin atisbo de error, *Utopías e ilusiones naturales* se convertirá en un futuro próximo en un destacado clásico de la filosofía española.

Recuerda Fernández Buey en los compases finales de su introducción que Herbert Marcuse, con *El final de la utopía*, nos dejó el tema en herencia y que desde 1990 el asunto se ha planteado en numerosas ocasiones si bien con orientaciones muy diversas de la "marcusiana". Unas veces desde la perspectiva "popperiana" de la ingeniería social fragmentaria; otras, desde la consideración de que utopía y totalitarismo son necesariamente conceptos sinónimos, y que, consiguientemente, el único ámbito libre, y razonable por inocuo, para la expresión de la utopía en nuestra época sea el estético. Para "el autor" –expresión que usa Fernández Buey para firmar su introducción–, ésta es una verdad a medias que oculta una decisiva parte del asunto y que choca, además, con hechos cada vez más sólidos. La reflexión sobre el sentido socio-político de la utopía ha vuelto sin que se le esperara en los comienzos del siglo XXI, y lo ha hecho de la mano de lo que hoy llamamos "movimiento de movimientos".

Por ello, cabe defender razonablemente que a pesar de lo visto y vivido, después de los desastres del siglo XX, la utopía no ha perdido su vigencia. A desarrollar esa tesis, a argumentar con precisión, detalle y excelente erudición esa posición filosófico-política, está dedicado este último libro del filósofo y profesor de la Universidad Pompeu Fabra Francisco Fernández Buey.

Para el autor de *Leyendo a Gramsci*, el moderno concepto de utopía ha nacido de la combinación de la crítica moral del capitalismo incipiente, del propósito de dar una forma alternativa a la reivindicación de la prioridad comunal y, en tercer lugar, de una vaga atracción por la forma de vida existente en el nuevo mundo entonces recién descubierto. Hay en el nacimiento de la utopía moderna una serie de rasgos que se han conservado a lo largo de los tres últimos siglos y que pueden detectarse, por ejemplo, en el Ernst Bloch de *El principio esperanza*: el recuerdo de la comunidad que hubo, la crítica abierta a la injusticia y a la desigualdad del presente y la atracción por la novedad que apunta en lo recién descubierto o en lo recién intentado, en la medida en que este apuntar a lo nuevo enlaza con el tiempo pasado acaso idealizado. En todas las utopías modernas, sostiene Fernández Buey, es posible encontrar una idea de dialéctica histórica según la cual la crítica de lo existente hace enlazar el recuerdo del buen tiempo pasado con la armonía, la justicia y la igualdad que se desean para el futuro.

Al estudiar la evolución del concepto de utopía, el autor pretende defender y argumentar tres tesis más: que la utopía no ha muerto, que el destino de las grandes ideas utópicas es hacerse realidad político-social en un lugar diferente al pensado por las propias utopías, y que al final de la modernidad europea, al igual que en sus comienzos, la intención irónico-positiva es clave para poder seguir hablando de utopía en serio.

Utopías e ilusiones naturales se abre con un texto de Leopardi cuyo punto final señala: "Parece un absurdo, pero es exactamente verdadero que, siendo todo real una nada, no hay cosa más real ni sustancial en el mundo que las ilusiones". La paradoja, la aporía que señala contrastes y diferentes perspectivas y permite, esta vez sí, una fructífera mirada dialéctica, es la atalaya esencial usada por Fernández Buey a lo largo de estas páginas, escritas en una magnífica lengua que consigue que el lector se quede enganchado siempre a esta narración

histórico-filosófica como quedamos fijados y atentos a las imágenes y narrativa de una película clásica.

Contiene *Utopías e ilusiones naturales* una colección de ensayos sobre la historia de esta idea. Como el número de utopías propuestas desde Thomas More es amplísimo, Fernández Buey ha hecho una amplia selección en la que incluye el estudio de la utopía antes de la propia utopía (primera paradoja), de la ciudad ideal y el profetismo con su tesis anexa: al imaginar la ciudad ideal y profetizar una nueva Jerusalén, la admiración de lo que debe ser y lo que habitualmente se llama realismo no solo andaban reunidos sino que saltaban juntos a la palestra. Sigue el análisis de la propuesta de More mirada desde el estupor del primer encuentro entre Europa y América, pasando a ocuparse a continuación de utopías que surgieron en el tránsito del Renacimiento al Barroco y que conectan con la época de las revoluciones científicas. La paradoja apunta en este caso a que la utopía da la bienvenida a la ciencia moderna, al análisis riguroso, pero lo hace con argumentos religiosos, al mismo tiempo que esa misma utopía que se quiere idealmente republicana se hace realmente monárquica.

El hilo conductor de la parte dedicada a las utopías ilustradas destaca otra aporía, la que representa que la aspiración a la tolerancia y a la paz perpetua nunca fueron pensadas en forma utópica aunque de ambas se dijera que lo eran. A "Utopía y socialismo" dedica Fernández Buey dos apartados que explican cómo la utopía se fue convirtiendo en un concepto deshonesto y hasta qué punto hay que considerar responsable de tal deshonra a la pretensión socialista de pasar, de una vez y por todas, de la utopía a la ciencia, a una ciencia mal pensada en ocasiones como conocimiento firme, seguro y no revisable.

Los dos ensayos siguientes están dedicados a discutir la idea de que desde 1984 y *Un mundo feliz* la utopía ha dejado paso definitivo a la distopía. Ni siquiera en los peores momentos del mundo bipolar ha perdido fuerza la idea utó-

pica. Fernández Buey lo muestra a partir de un detallado estudio, uno de los memorables pasajes de este libro de libros, de las obras de ciencia ficción y futurología, poco o escasamente atendidas en la tradición socialista, de Zamiatin, Huxley, Le Guin, Orwell, Stanislaw Lem y Philip K. Dick. La tesis central del autor en este asunto es que no hay que leer las distopías del siglo en clave anti-socialista sino en clave anti-ideológica, como críticas del mundo bipolar y de las ideologías en confrontación.

Como ya se apuntó, Fernández Buey cierra su introducción señalando que es sólo media verdad reducir el ámbito de la utopía al campo de lo estético. Lo es, sin duda. Pero no es ninguna afirmación utópica afirmar que su ensayo no sólo es excelente en su contenido, sino que, además, su edición ha dado pie a un hermoso libro, a un bello objeto, donde el trabajo de composición de Neus Porta debe ser destacado y donde la invocación final a la petición árabe escrita en libros antiguos –"Oh, Kubéjkag salva mi libro de las termitas"– es oportuna, significativa pero, sin duda, innecesaria. No es ninguna utopía, en el mal sentido del concepto, creer que las termitas del XXI serán respetuosas con obras clásicas y bellas como ésta.

En una reciente reseña de *Noticias de ninguna parte*, una utopía de William Morris de la que Fernández Buey da cuenta detallada, Constantino Bértolo sostiene que la lectura o relectura de la novela le ha recordado "que para salir de la derrota es tarea prioritaria construir otro horizonte". El autor de *Utopías e ilusiones naturales* nos ha facilitado con este deslumbrante ensayo los cimientos, la estructura y gran parte de los materiales del nuevo proyecto: un hogar afable, justo y sostenible, que cultive la paradoja y goce de un deseable sentido del humor.

Salvador López Arnal

Profesor de Informática en el Instituto Puig
Castellar (Santa Coloma de Gramenet,
Barcelona)

ECONOMÍA POLÍTICA MUNDIAL I

Las Fuerzas Estructurantes

Ángel Martínez González-Tablas

Ariel

Barcelona, 2007

368 páginas

Hay en este libro un intento serio por rastrear el esqueleto que soporta la dinámica económica a escala mundial, es decir, por “bucear en aguas más profundas que las propias de la coyuntura y de los análisis convencionales más habituales”. En el ámbito del análisis de la economía mundial, resulta muy oportuna esta aspiración heterodoxa a la profundidad, sobre todo tras la fuerte irrupción del enfoque económico convencional en campos donde, en España, éste había tenido un papel muy discreto. El cambio de tono experimentado en las temáticas (hacia fenómenos cada vez más parciales) y en los instrumentos de interpretación de la realidad económica a escala mundial, se ha hecho en buena medida en detrimento de antiguos enfoques y métodos de análisis más fértiles y omnicomprendivos. Aproximaciones como el estructuralismo o el institucionalismo —con sus énfasis en el estudio de las interdependencias y la importancia del poder y el marco institucional para regular y reconducir la realidad económica— entroncan claramente con enfoques de economía política que merecen la pena ser rescatados. Sin embargo, conviene tener presente que, a pesar de las ventajas de éstos últimos sobre el enfoque económico convencional, también arrastran una serie de limitaciones. Limitaciones que tienen que ver tanto con la aceptación más o menos acrítica de algunas categorías económicas que son problemáticas (crecimiento, producción, desarrollo, competitividad, eficiencia...), como con lagunas importantes en el tratamiento de aspectos centrales (relaciones economía-naturaleza, la cuestión de género, etc.).

En este escenario, y después de reflexionar durante años de manera certera e iluminadora sobre el proceso de globalización, Ángel Martínez González-Tablas presenta ahora un texto en el que a la reivindicación de los viejos enfoques en el estudio de la economía mundial se une la aspiración por corregir algunas de sus lagunas y debilidades. Todo ello en una reflexión sobre los fundamentos de la economía mundial —sobre sus “fuerzas estructurantes”—: “aquellas que afectan de forma profunda y duradera a los componentes y relaciones que determinan el comportamiento a largo plazo de la economía mundial”. Con un criterio metodológico restringido, González-Tablas selecciona cuatro de estas fuerzas, a saber: la dimensión ecológica, las tecnologías de la información y la comunicación (TIC), la globalización y la financiarización. Ya la simple enumeración pone de relieve que, a diferencia de su anterior libro sobre la globalización, González-Tablas hace un esfuerzo explícito por incorporar las relaciones economía-naturaleza. En este empeño, es justo reconocer que el autor de este libro es uno de los pocos en nuestro país que, desde el ámbito de la Economía Mundial, se ha tomado en serio el desafío ecológico. Además, tanto en este caso, como en el resto de “fuerzas estructurantes”, el estudio se hace con vocación analítica y sistemática, pero también con la honestidad que no oculta las dificultades de la tarea emprendida.

Con estos mimbres, González-Tablas acomete sucesivamente el estudio de las cuatro “fuerzas estructurantes”, comenzando por la dimensión ecológica. Tal vez por haber sido la gran ausente en sus trabajos previos, y por haber cobrado clara conciencia de su relevancia, se la dedica mayor atención y espacio que a las restantes fuerzas. El tratamiento selectivo y la revisión de la literatura se realiza desde un doble plano: respecto a la evolución de la realidad económico-ambiental (problemas ambientales y tendencias insostenibles a escala mundial) que impone restricciones claras a lo que podemos hacer con la energía, los materiales y las consecuencias de dichos usos; pero tam-

bién en relación a la evolución del discurso económico-ecológico y de algunas de sus categorías más importantes (sostenibilidad). En cuanto a esto último, el autor tiene el suficiente bagaje intelectual como para desconfiar de nociones de compromiso tales como el “desarrollo sostenible” que, al convertirse en un cajón de sastre en el que suele caber una cosa y la contraria, sirven para poco científica y prácticamente. Lo mismo que son de poca ayuda los intentos de la economía convencional por extender la vara de medir del dinero hacia el medio ambiente alumbrando nociones equívocas como la de “sostenibilidad débil” que, a la hora de enfrentar el deterioro ecológico, adolecen de la misma incapacidad que la propia teoría económica ortodoxa en la que se apoyan. González-Tablas lo sabe y argumenta a favor de una noción de sostenibilidad “fuerte” que ponga la atención en la reconversión ecológica de los modelos de producción y consumo, cerrando los ciclos de materiales y avanzando hacia la utilización de fuentes energéticas renovables.

En lo que atañe al análisis de las TIC, éstas se justifican como “fuerza estructurante” en la medida en que se perfilan como la última etapa de cambio técnico dentro del sistema económico capitalista, y tienen una influencia clara sobre los modos de producción de bienes y servicios, o de organización e inversión empresarial. Es este un tema donde la literatura y la euforia resultan ya desbordantes y resulta difícil encontrar el punto de vista y el tono adecuados. A González-Tablas, el equilibrio le hace huir tanto del tratamiento de la tecnología y las TIC como “caja negra” (teniendo en cuenta, por tanto, el contexto que favorece la aparición de una ruptura tecnológica como ésta), como del deslumbramiento acrítico de los logros de la microelectrónica, internet y las telecomunicaciones (poniendo de manifiesto los efectos contradictorios, por ejemplo, sobre la desigualdad). Tendría interés, a este respecto, no olvidar los resultados de la polémica sobre la “desmaterialización” de la economía (supuesta tendencia de las economías “desarrolladas” a utilizar menos energía

y materiales tanto relativa como absolutamente) analizada en el capítulo 1 del libro, pues constituye una buena brújula para ser cautelosos respecto a las posibilidades y limitaciones de las TIC como solución tecnológica generalizada.

Parece claro que, mientras que las dos “fuerzas estructurantes” reseñadas centran su atención, bien sobre los cimientos ambientales del sistema económico y sus insostenibles tendencias (dimensión ecológica), o sobre los cimientos tecnológicos con los que el sistema económico gestiona los recursos y la información para la producción de bienes y servicios (TIC); en el caso de las otras dos “fuerzas estructurantes” (globalización y financiarización) nos encontramos con procesos de naturaleza diferente. El capítulo tercero, dedicado a la globalización, tiene la ventaja de presentar, a modo de apretada síntesis, el pensamiento destilado de González-Tablas sobre un asunto al que ha dedicado muchos años de reflexión y análisis. En este caso, como en el resto de capítulos, se realiza un esfuerzo por delimitar conceptos y analizar causas y efectos. En la medida en que la globalización apela a procesos cuyo origen, manifestaciones o consecuencias son mundiales, no solo cabe hablar de globalización *económica*, sino también, ecológica, social, política, o ideológica. El texto se centra en la globalización económica y, dentro de ella, en la realmente existente, es decir, la mundialización capitalista de impronta neoliberal. Sus características (desarrollo espectacular de las finanzas, intensa transnacionalización productiva, restricciones a los movimientos migratorios, interdependencia y dinámica sistémica, regulada por protagonistas identificables que la consolidan y profundizan), y sus efectos tanto parciales (sobre la desigualdad, la pobreza, la relación salarial...) como sistémicos (extensión del proceso de mercantilización, cambios en la correlación de fuerzas sociales, problemas de cohesión social, déficit institucional, etc.) son desgranados de forma clara y con punto de vista propio. No se trata pues, a juicio del autor, de un simple incremento de las relaciones externas o del grado de

apertura de las diferentes economías, sino que el espacio mundial se convierte en el escenario en el que se reproduce y funciona el sistema económico.

Y así se llega a la última de las “fuerzas estructurantes” planteadas. Al lector seguramente le asaltará la duda de si la financiarización (entendida, en principio, como el incremento absoluto y relativo de la esfera financiera de las economías) puede constituir una fuerza autónoma o, por el contrario, está ya incorporada dentro de la globalización (de la que, a su vez, sería impulsora). Consciente de las estrechas relaciones de la financiarización con el proceso de globalización y el desarrollo y consolidación de las TIC, González-Tablas defiende, sin embargo, su naturaleza de fuerza estructurante en la medida en que es capaz de conformar de manera duradera los comportamientos y el funcionamiento del sistema económico en su conjunto. De ahí que este proceso sea mucho más que el simple incremento de la esfera financiera respecto al Producto Interior Bruto, o la inversión real, y suponga la aparición de unas finanzas de “nuevo tipo” en las que emergen con fuerza agentes novedosos (inversores institucionales, fondos de pensiones, fondos de alto riesgo), pero también mutan su capacidad de influencia y funcionamiento algunos de los antiguos (empresas *no* financieras donde se impone un modelo financiero de gestión en el que prima la maximización del valor de las acciones). Como consecuencia de esto, las finanzas de “nuevo tipo” están consolidando su autonomía respecto de la esfera productiva, proclamando su “autosuficiencia” y llegando, como acertadamente sugiere el autor, a un peligroso grado de “ensimismamiento”.

Este libro es, pues, una ayuda notable para desbrozar el camino y alcanzar las claves fundamentales que impulsan la economía mundial. Pero convendría no olvidar que la consideración de estas cuatro “fuerzas estructurantes” no implica que el análisis deba estar cerrado y no admita variaciones ni nuevas incorporaciones. González-Tablas es consciente de que la evolu-

ción económica y social puede obligar a reconsideraciones. Reconsideraciones que atiendan, por ejemplo, a problemáticas como los fenómenos demográficos, la dimensión de género, o las “reafirmaciones identitarias”, lo que enriquecería el panorama de estas “fuerzas estructurantes”. Pero también obligaría a los enfoques económicos a tender más puentes con otras ciencias sociales, a profundizar el diálogo con ellas y... a escuchar. Noble aspiración que la economía convencional debería atender y el pensamiento económico crítico no olvidar. Este libro es, por ello, un buen recordatorio.

Óscar Carpintero

Profesor de Economía Aplicada
Universidad de Valladolid